



## VIÑETA DE ISIDRO FABELA

POR EL LIC. ARTURO GONZALEZ COSÍO.

La casa del Risco revive, en San Angel, la historia vieja de México. Su arquitectura, rodeada de una atmósfera imperceptible de equilibrio avivaba mi inquieta curiosidad: Isidro Fabela. Estrechamente ligado a México desde el brote revolucionario. Su nombre se lee en las novelas de la Revolución, en los documentos de grave importancia y se saborea en las conversaciones anecdóticas de los testigos de esa vivencia nacional.

El interior de la casa lo dibujan los pasillos de virreinal sabor y el Risco, arte mestizo, esboza en cambiantes sesgos y torturas de su piedra las paradojas de lo mexicano. La fuente termina, en la parte derecha, el breve y fresco jardín.

Arriba, en el piso segundo, aguardan comisiones. Abajo, en la extraordinaria biblioteca-sala, Fabela atiende a un grupo de amigos. Afuera, sobre una pequeña banca de madera que armoniza con la historia detenida, casi inmutable, a la mano, otras gentes esperan respetuosa y tranquilamente. El está en todo pero desde un plano distinto, esforzándose con generosidad por dar más y mejor a su Patria y a los que lo rodean, fuera de las pasiones habituales de orgullo y afán posesorio. Las visitas aguardan. Los secretarios activamente preparan materiales diversos para artículos, ensayos y libros, y Fabela, que semeja un filósofo chino desprovisto de la tradicional vestimenta, pasea calmadamente su sabiduría más allá del tiempo de los relojes.

Entre muchos fui recibido como el primero, en medio de las joyas históricas que donó a la Nación el que fuera ministro de Relaciones Exteriores de Venustiano Carranza. Exacta su palabra, el trato fácil y sencillo, atiende benevolente al huésped captando con rapidez los problemas. Generoso en prestar colaboración y apo-

yo, siempre dentro de su línea de pensamiento. Descuida su salud, con tal de no cerrar la puerta de su vida a la amistad, a la creación de valores definitivos. Sus gestos permiten intuir una síntesis cósmica, su desenvolvimiento, la segura meditación que corresponde a quien ha cumplido ideales, asimilando conducta y pensamiento.

La ironía de que hablara Justo Sierra —dardo de cristal— se deja adivinar en su mirada y se comunica al ambiente, dándole una respetuosa ausencia de estiradas solemnidades.

Es difícil desprenderse del impresionante, matizado y un poco mágico cuadro: el ilustre mexicano Fabela viviendo la existencia de México activamente, incansable, en plena participación de las vicisitudes patrias y al mismo tiempo regalando su franca humanidad, alegremente, con suave cortesía.

Acercarse a personalidades que han sido vistas primero en la historia o la leyenda, entraña un peligro: la decepción, fantasma agazapado en todos los rincones, dispuesto a ahuyentar el perfil original, la admiración concedida. Fabela impone personalmente, aún más: irradia armonía, unidad, paz y todo eso risueñamente, sin preámbulos ni teatralidades, sin esas infinitas antesalas que dejan entrever o subrayan una lejanía amable pero intencionada.

Fabela, trabajo y vocación de humanista, ayuno de pedantería, dispuesto a asumir los deberes de la vida pública sin renunciar ni al libro, ni al amigo, sigue con agilidad envidiable el correr de la vida y de las ideas en el mundo.



(Dibujo homenaje  
del artista *Alfredo Just*)

“... pero su gobierno quedó en pie como una manifestación erguida del verdadero pueblo español y como una acusación permanente contra quienes la condujeron a la derrota y también como un símbolo de que la fuerza no crea derechos sino antes bien los destruye...”

*(Discurso de I. F. pronunciado el 26 de julio de 1958 en la Embajada de España en México).*